

Personas llegadas de Francia afirman que los nazis empezaron durante la ocupación las cosas mejor amañadas de París. Se llevaron alfombras, lienzos, vajillas, pianos, cuadros, muebles, ropas, objetos, cortinas, cuartos de baño, en fin, algún valor, además de llevarse, como es natural, las estatuillas de las tiendas, que pagaban con francos falsos, el oro de los bancos, la maquinaria de las fábricas y los autobuses del servicio público. La guerra ha sido convertida así por los nazis en una gran empresa de robo, en una inmensa cacería. El Reich hitleriano no es más que una inmensurable posibilidad de ladrones y asesinos. Mantos para robar y robos para seguir manteniendo. Ha-

Men de que quieren establecer en Europa un "nuevo orden", pero en realidad sólo piensan en despojarlo a uno del robo y de la cacería, y cuando van de ciudad a un país se llevan hasta los platos de las paredes.

En el mundo ha habido siempre ladrones, y el robo existe desde que existe la propiedad y el trabajo. La primera fiera salvaje cazada tras muchos fe, tipos por el hombre de las cavernas, para darse un buen banqueto, debió de despojar en algún rincón cavernícola la idea de robarle el cocodrilo la pieza tan difícilmente cazada, para comérsela él solito. Nuestra civilización ha consistido, en parte, en una inmensa obra de policía para evitar el robo, como ha creado impulsos naturales del hombre primitivo. El cristianismo y el socialismo son expresiones morales de ese proceso civilizador. VIVIR es que tal obra ha sido adelantada por determinadas doctrinas económicas que sirven de justificación al gran capitalismo moderno, que es un refinamiento o una corrupción de la civilización política, un signo de decadencia de esa misma civilización. Aparte, pues, de los grandes tratadistas, los grandes financieros, los procuradores, los poseedores de grandes riquezas y los ratones profesionales, en general todos las personas civilizadas habíamos aceptado desde hace años una serie de ideas elementales que coincidían en condenar el robo. La sociedad de nuestros tiempos había llegado en ese sentido a una cierta perfección sistemática, y en las

mas anteriores a la presente guerra se solía opinar casi unánimemente que robar el abrigo a un caballero en el cine o llevarse de una casa las cacerías de plata eran actos realmente repugnantes. Quien los cometiese sería objeto de probabilidad de ir a la cárcel. La profesión de ladrón estaba rodeada de considerables riesgos, y los contribuyentes pagaban a un determinado número de policías, jueces y funcionarios de prisiones para poder asegurar, hasta donde fuera posible, la posesión de la robe, del artículo del cine, de los muebles de la casa y de los pendientes de la señora. El caballero que, por inevitable ocasión, se dedicaba al robo, no sólo se bien recibido en sociedad. El ladrón, por su parte, no se preocupaba de explicar sus fechorías con orgullo a una determinada doctrina filosófica, ni se presentaba ante los guardias expresando simplemente una teoría

racial para proclamarse un ser superior. No recuerda que ningún ciudadano sorprendido en el momento de abrir con garrote la puerta de un domicilio ajeno se justificase diciendo que estaba tratando de implantar el "nuevo orden europeo" en aquella casa.

Los nazis han trastornado todo ese estado de cosas, en el que se había logrado ya un equilibrio bastante aceptable para lo que los ingleses llaman el "hombre común" o hombre de la calle. Los nazis se han dedicado a robar en las casas y han construido todo un sistema político-filosófico para cohesionar el robo. Se inclinación al saqueo les viene de viejo. Julio César decía que a los antiguos germanos "no les parecían repugnantes los actos de hostidaje realizados fuera de las fronteras de sus Estados germánicos". Y Tirota hablaba de que los principales germanos repuntan sus tesoros "por medio de las guerras y el pillaje", y que cultivaban "una e imprudente adquisición con usar lo que pueden obtener con sangre". El autor de los "Anales" y de las "Costumbres de los Germanos" se había dado ya cuenta de que los abuelos de los reyes germanos vivían a la gente para robarla, en lugar de ponerse pacíficamente a trabajar, como hace cada hijo de su casa. Desde los tiempos de Tácito las cosas han cambiado en el sentido de que los redermos germanos, en vez de emplear las "habituas victoriosas,

robadas con la sangre de sus rivales", para despojarlos, simplemente saquean, asaltan y hacen cobertes, para acabar por llevarse la plata del extranjero. Y han cambiado los tiempos, también, en el sentido de que, en vez de obedecer a instintos primitivos de guerreros bárbaros, se declaran devotos de una doctrina filosófica y realizadores de otros designios humanos. Los ladrones de alfombras y aparatos de radio han podido tener a su servicio a unos filósofos eminentes, que, desde el gran Hegel, divinizador de Estado prusiano, hasta el pequeño y miserable Heidegger, pasando por Teufelsdruff y Nietzsche, han dado, en volúmenes impresionantes, una base científica al sistema alemán de la violencia, la conquista, la tiranía estatal, la superioridad racial, la voluntad de dominio, la geopolítica, el espacio vital, etcétera, todo lo cual concluye en el acto maravilloso de robar las colecciones y el despojarlo en una casa francesa. Los ladrones de alfombras y gramófonos han podido aprovecharse de los adelantos de la civilización moderna y de la evolución de los nazis para perfeccionar y legitimar su sistema de robo. Es como si un nativo hubiera tomado a su servicio a dos José Ortega y Gasset y el señor Torralba Querredo.

Hitler, admirador de Wagner, es un Wotan de guarderropía que sólo busca el oro de los Nibelungos. Como se sabe, Wotan, abuelo de Sigfrido, accedió al rey Nibelungo para obtener un oro a cambio del rescate. Fue el primer "kidnapper" de la mitología germanica, y esto explica la adoración que le profesan los nazistas y, especialmente, el dulce magisterio de Berchtesgaden. El "Mein Kampf" de Hitler no es en el fondo más que un "Manual del Perfecto Ladrón de Apartamentos".

Siempre me han parecido sospechosos esos individuos que pronuncian grandes frases diciendo que van a volver a la humanidad. La desconfianza está justificada cuando se ve lo que ha hecho Franco con pretense de "defender a la civilización cristiana contra la barbarie moscovita". Está claro que esos ruidosantes conceptos sólo sirven para encubrir los más bajos instintos y los actos más inapropiados. Cuando Hitler hablaba de establecer un "nuevo orden europeo", lo que realmente quería era llevarse de Francia los pianos y los cubiertos de plata. Lo "Mittelweg" fue, simplemente, una técnica del saqueo. Y las teorías raciales, esas especulaciones pseudocientíficas para encubrir estafas.

Cuando en los sucesos alguien habla de volver a la humanidad y de poner en orden el mundo con orgullo a los más brillantes principios expuestos por los filósofos teutónicos de la superioridad racial, abochornamos. Peligro nuestro robo.

49
6 mayo
45

A.P.C.E.
SIG.:
1.2e/1070